

EL TEMA DE AMOR Y DE FERTILIDAD EN «EL SEÑOR PRESIDENTE»

Ya hace más de veinte años que Miguel Angel Asturias, el guatemalteco últimamente mencionado para el Premio Nobel, publicó su primera novela, *El señor presidente*, y aunque ha escrito muchos libros desde entonces, éste sigue siendo el más conocido. En él, Asturias nos da a conocer varios casos de vidas inocentes sofocadas por una dictadura. El presidente del título pocas veces aparece, pero es la causa eficiente de casi toda la acción, y la conmovedora anécdota de los amores del protagonista Miguel Cara de Angel con Camila Canales ofrece el único conflicto que por algún tiempo elude la vigilancia del tirano.

A pesar de sus implicaciones políticas, *El señor presidente* no es intrínsecamente una novela política, aunque la comprensible suposición contraria persiste en la crítica y ha desviado la atención de muchos lectores de lo esencial de la obra y de la evolución emocional sufrida por Cara de Angel. Me propongo mostrar aquí que, ateniéndonos al plano puramente político, el desenlace de la novela nos deja perplejos en cuanto al hado que le tocó al protagonista, mientras que si exploramos en otra dimensión, es decir en el antiguo tema medieval y pagano de la fertilidad, encontraremos una solución satisfactoria del enigma. Sin embargo me apresuro a añadir que la interpretación que expongo no es de ninguna manera la única que se puede hallar en esta inagotable obra maestra, pero sí reclamo para ella la virtud de contribuir a una apreciación más cabal de los tesoros ahí contenidos.

En una novela propiamente política, se podría suponer que el personaje principal tuviera alguna opinión sobre el gobierno, sobre el presidente en cuanto al descargo de su oficio, o sobre el estado de la nación. En cambio, jamás se le ocurre a Miguel el menor pensamiento político, y por tanto, de ese lado no puede haber desarrollo alguno. Sus relaciones con el presidente son puramente personales, y así siguen hasta el fin: «¡Qué suerte alejarse de aquel *hombre!*», dice para sí cuando está para salir de la patria (1). Es del hombre que llega a disgustarse, no del dictador, y si en una ocasión tiene ganas de matar al hombre, sólo es por un agravio personal, no por ningún motivo político.

Unos personajes de menor importancia emiten sentimientos revolucionarios, pero nada intentan. El general Canales actúa hasta or-

(1) MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *El señor presidente* (Buenos Aires, 1959), capítulo XXXVIII, El subrayado es mío.

ganizar, mediante un puñado de indios desahuciados, una sublevación abortada, pero la idea no se le ocurrió hasta que no fue puesto primero en peligro de muerte por el dictador. Además, Canales se sublevó más para recobrar su dignidad militar después de una fuga que juzgaba cobarde, que para pelearse por un ideal político (cap. XI). El muy citado grito del estudiante: «¡Tratemos de romper esa puerta y de ir a la revolución!», lanzado dentro de una cárcel, resulta necesariamente inoperante (cap. XXVIII). Recobrada su libertad, el joven sólo regresa al callejón *sin salida* donde vive, después de contemplar por las calles una amarga burla del escudo civil: ve a un enano demente proyectado contra el azul del cielo estrellado, a caballo en una escoba y cabalgando sobre unos volcancitos de polvo y de escombros que resultan de la loca pasión destructiva del tirano. La significación de esta escena debe ser la de parodiar el escudo de Santiago de los Caballeros de Guatemala, donde Santiago se ve cabalgando sobre los volcanes guatemaltecos. En todo el país «nadie hace nada», como dice el presidente; este pueblo consiste en «gente de voy ... voy a esto, voy a lo otro ... pero por falta de voluntad no hace ni deshace nada» (cap. XXXVII). La inercia política de la nación entera es un marco necesario para hacer creíbles las atrocidades fabulosas del gobierno.

En cambio, el conflicto en que se halla Miguel se desenvuelve enteramente fuera del campo de la política. Entra en la novela como favorito del presidente, y termina convertido en víctima de la crueldad más meditada del tirano, aunque nunca actúa ni habla contra él, ni siquiera piensa hacerlo, y el presidente lo sabe (2). No puede haber ningún motivo político por la acción del tirano, sólo se explica por algún factor emotivo o inconsciente. ¿Cuál es entonces el motivo por el repentino antagonismo presidencial contra su favorito?

Aunque nunca altera su sumisión externa al dictador, Miguel experimenta un desarrollo. Contra su voluntad y su juicio se enamora, y el poder transformativo que esta experiencia inaudita ejerce en él es el foco de toda la novela. Es un proceso lento, tal vez no en la cuenta del calendario, pero sí en el tiempo psicológico. Se compromete completamente con Camila con exclusión a todo. ¿Puede decirse que el presidente está celoso? Sí, en cierto sentido, porque no puede admitir nada menos que el dominio absoluto sobre la persona de su favorito. La subconsciente enemistad que engendra la evolución de Miguel en el presidente echa raíces en la contienda arquetipal entre la fertilidad y la destrucción: el presidente representando la esterilidad

(2) El presidente lo tiene a su lado cuando está ebrio y totalmente indefenso, y sabe que Miguel no deja de cuidarlo (véase cap. XXXII).

y la muerte, mientras que el favorito avanza resueltamente hacia una posición en que viene a personificar las fuerzas generativas de la naturaleza (3). El tema de aquella lucha cíclica proporciona la clave para mejor entender *El señor presidente*.

La probabilidad de una transformación moral en un hombre como Miguel, instrumento favorito de un dictador inhumano, estriba en una especie de rectitud que lo guió en el episodio con Canales. Enviado por el presidente para ayudar al general Canales a huir de su casa, donde iban a capturarlo, Cara de Angel arregla la fuga y cree que este servicio le otorga un derecho para con la hija del general así que Canales se salve. Más tarde, al convencerse por las circunstancias de que el presidente quiere aplicar la ley de fuga al general, la frustración que siente Miguel no es solamente por la futilidad de su ardid, sino también por la pérdida de la muchacha, porque según su propio código de conducta, perderá el derecho y aun el deseo de poseer a la hija, si resulta que él ha sido agente de la muerte del padre. Esta leve huella de probidad abre el camino a su comportamiento futuro para con ella.

Después de saborear brevemente una acción constructiva en la preparación de la fuga del general, le va mal tener que reasumir su función acostumbrada de instrumento funesto a disposición del presidente: «Un viento extraño corría por la planicie de su silencio. Una vegetación salvaje alzabase con sed de sus pestañas, con esa sed de los cactus espinosos, con esa sed de los árboles que no mitiga el agua del cielo» (cap. XI). La inquietud que siente, esta sed, es un anhelo existencial por algo más que la esterilidad de su existencia estática que ha conocido hasta entonces. Espoleado por esta sed nueva, decide cumplir la letra del orden presidencial, y oponerse a lo que ya sabe es su espíritu, abriendo así, por vez primera, una brecha entre sí y el tirano.

Huye Canales, queda raptada Camila, y mientras que en una fonda cercana espera a que Camila deje de llorar, Miguel la contempla compadecido y trata de consolarla en vez de llevar a cabo su ardid. Claro es que está enamorándose de ella. Se nota su resistencia instintiva a este proceso en el alivio que temple su pesar al día siguiente cuando cree haberse separado definitivamente de ella. Pero el destino los reúne dentro de poco cuando enferma Camila de pulmonía. Será mediante la debilidad y el desamparo de ella que

(3) A Eros o instinto hacia la vida, Freud opone la atracción hacia la muerte o la destrucción, mientras que Jung le opone la voluntad hacia el poder. Se verá que el presidente incorpora los dos: el instinto destructivo («¡La muerte ha sido y será siempre mi mejor aliada!», cap. XXXVII), y con su hambre de dominar a Miguel, el impulso hacia el poder.

Miguel habrá de descubrirse a sí mismo y llegar a conocer su yo interior.

Cuando oye al médico desahuciar a Camila, concibe la idea de hacer una buena obra para que Dios le haga el milagro de salvarla. La buena obra consiste en advertir a cierto mayor Farfán de que el presidente ha dado orden de matarlo la próxima vez que se emborrache. Así es que por segunda vez desvía uno de los golpes mortales del tirano, explicando que ofrece la vida de Farfán por la de Camila. En realidad es su propia vida que ofrece (y dará) en cambio de la de ella: Farfán es un beodo gárrulo, y aunque no lo dice la novela, es cierto que beberá de nuevo y que divulgará lo de Miguel y de la advertencia, lo cual llegará, como todo acaba por llegar, a los oídos del presidente. Lo prevé Cara de Angel, a los menos en su subconsciencia, como se sabe por el sueño que tiene directamente después de su conversación con Farfán. En este sueño ve al auditor de guerra, su enemigo, blandiendo alegremente un anónimo, que es sin duda el que denuncia a Miguel. Ha de ser este acto de amor y de locura seguido de un matrimonio *in extremis* lo que atrae sobre él la furia mortal del presidente, pues le revela la transformación sorprendente sobrevenida a su favorito. Estas son deducciones que el lector presuroso no alcanza en sus primeras lecturas de *El señor presidente*, novela de tramas muy enredadas y poco explícitas.

El haber subordinado así su bienestar al de Camila es la medida del amor de Miguel. El milagro de la recuperación de la enferma no será mayor que el milagro que lo condujo a él, «un hombre sin entrañas», a comprometerse a otra persona. Ya depende tanto de ella que sin ella el mundo no tiene sentido: «¿Y al faltar Camila?... En el cuerpo le picaba una pena vaga, ambulante... ¿Y al faltar Camila?» (cap. XXVI). Ahora sólo ella puede dar sentido a su existencia: «¡Sólo un milagro! Cara de Angel repitió las palabras del médico. Un milagro, la continuación arbitraria de lo perecedero, el triunfo sobre el absoluto estéril de la migaja humana. Sentía la necesidad de gritar a Dios que le hiciera el milagro, mientras el mundo se le escurría por los brazos inútil, adverso, inseguro, sin razón de ser» (cap. XXX). El hombre en lo absoluto, como lo es cuando se queda a solas y sin referencia a nada ni a nadie, es una nada improductiva, pero puede triunfar sobre su esterilidad y su extinción si acepta una posición relativa, si adopta una actitud de dependencia hacia otro ser humano. Sólo de esa manera puede ser creativa su vida. Cara de Angel aprende y sufre esta verdad en su propia carne durante la enfermedad de Camila. Así como ella depende completamente de otros, él tam-